

### APENDICE III.

Estado militar.—Táctica.—Organizacion.—Fuerzas militares.—Capitanes famosos.—Infanteria.—Caballeria.—Artillería.—Ramo de fortificaciones.—Fuerzas navales.—Organizacion.—Conquistas.—Expediciones.—Descubrimientos de la otra parte de los mares.—Clasificacion de los buques de aquel tiempo.

**P**OR lo que hemos dicho en el capítulo VI de esta obra, se vé que el siglo XVI no fué época de menos reformas y adelantos en la ciencia y arte de la guerra que en los demas ramos del saber humano. Formó el servicio militar una profesion aparte, en tal manera, que los que se dedicaban á la carrera de las armas, sobre todo en las clases subalternas, no se consagraban á otra ocupacion, ni sabian otro oficio. Salió la infantería de la especie de abyeccion á que se la tenia condenada en los siglos de la edad media, hasta el punto de componer la parte principal de los ejércitos. Desde que se adoptó el arcabuz ó mosquete, como arma del combatiente á pié, se reconoció la ineficacia de todas las demas arrojadizas. Desapareció por lo mismo el uso del arco y la ballesta, quedando reducidos á la pica y al arcabuz el armamento de la infantería. Comenzaron los arcabuces á ser de preferencia; mas por su mucho coste ó por su manejo entonces poco fácil, no formaron los arcabuceros mas que una parte insignificante de la infantería. En el puñado de guer-

reros con que emprendió Hernán Cortés la conquista de la Nueva-España, no llegaban á la décima parte los que iban armados de arcabuces. Conforme adelantaba el siglo iba aumentando el número de las armas de fuego, mas todavía no formaban los arcabuceros cuerpo separado. Se les destinaba por lo regular al servicio de vanguardia: en línea ocupaban el centro y los costados de los escuadrones. Al llegar á la mitad de dicho siglo ya vemos cuerpos de arcabuceros bastante numerosos, donde entraban por cientos y hasta miles; mas á pesar de esta innovacion y de lo reconocidas que estaban las ventajas de esta arma arrojadiza, todavía era la pica la primera de la infantería. Indicaremos como prueba de la verdad de este hecho que en cuantas innovaciones y mejoras se trataron de hacer en la infantería por los que de tácticos ó escuadronistas se preciaban, se tomó por tipo la legion romana cuyas armas eran parecidas á las de nuestra infantería de entonces y cuya táctica seria inaplicable si ésta fuese solo armada de mosquetes ó fusiles. Como piqueros se distinguieron nuestros españoles en la guerra de Italia donde se hizo tan célebre nuestra infantería. En la pica eran sobresalientes los suizos y los alemanes que se alistaban como mercenarios en todos los ejércitos de Europa. La misma formacion de los cuadros llenos que en el mismo capítulo dejamos mencionada, seria inútil á no ser la pica el arma principal de las batallas. La táctica, pues, de aquellos tiempos, sobre todo de la infantería, debia de ser diversa de la nuestra por esta misma diferencia de las armas. El uso de las arrojadizas permite pelear de lejos: no puede suceder lo mismo con las que se llaman de mano donde los combatientes tienen que tocarse. En este caso pelean todos, soldados, oficiales, jefes y hasta los mismos que dirigen los ejércitos. La fuerza personal, la destreza en el manejo de las armas eran para todos de una necesidad indispensable. Empeñado ya un lance quedaba siempre la victoria por el mas fuerte ó el mas valiente. Debia de ser muy difícil maniobrar durante la refriega no pu-

diendo suceder lo que en el día que por el uso de las armas de fuego y combatirse por lo mismo desde lejos quedan las tropas mas desembarazadas y libres en sus movimientos. En tiempos modernos se dan batallas sin que los principales jefes materialmente peleen: no podia suceder lo mismo en el tiempo á que aludimos. Con armaduras tan fuertes como las de sus mismos hombres de armas, y con igual destreza manejaban la lanza y la espada; siéndoles su brazo poderoso de tanta utilidad en muchas ocasiones como al último de los soldados de su ejército. Tenian que ser por precision ágiles, fuertes y robustos, pues de lo contrario no podian presentarse sin grandes inconvenientes para ellos en un día de batalla. Así cuantas relaciones se nos han transmitido de los primeros caudillos de aquel tiempo, cuantos testimonios nos quedan de ellos por retratos, estatuas, ó en cualquiera otro modo de representacion, nos hacen ver que lo gallardo y apuesto de sus personas, correspondia perfectamente al brillo de su rango. Tales fueron los Gonzalos de Córdoba, los García Paredes, los Pescaras, los Leibas, los duques de Alba, los Colonnas, los Farnesios, los Guisas y cuantos personajes estaban revestidos con el cargo de caudillos. Si en el día se necesita mas genio para dirigir máquinas tan complicadas que deben muchas veces la victoria á maniobras hábiles, era entonces de gran utilidad la fuerza de brazo tratándose de combates en que los hombres precisamente se chocaban.

En la segunda mitad del siglo XVI que corresponden al reinado que escribimos, no debió de decaer y sí al contrario recibir nuevas mejoras la ciencia militar por la simple razon de que fué tan fecunda en guerras como la primera. Felipe II no fué guerrero, mas su largo reinado de cuarenta y cuatro años presentó una série no interrumpida de contiendas sin que se pudiese decir de un solo día que estaba en paz con todo el mundo. En los Países Bajos como en Francia, en Italia, como en las costas de Africa, en los mares como en tierra lidiaron sus

ejércitos. A perfeccionar, pues, la parte militar debieron de consagrarse una gran parte de sus atenciones. Sus ejércitos nunca fueron numerosos y lo mismo se puede decir de los demas príncipes de Europa. En ninguna guerra, en ninguna época, en ninguna ocasion tuvo este rey á un tiempo sobre las armas un ejército de cien mil hombres. No pasó nunca de cincuenta mil, el que operaba en los Países-Bajos. A esta escasez de tropas se debe sin duda que esta guerra durase treinta años, sin mas resultados que los que hemos visto, y no se hiciese señor de Francia donde por su lentitud en operar vió perdido el fruto de tantos sacrificios. Se aumentaban ó disminuian las fuerzas segun las circunstancias. Reclutaban sus ejércitos con mercenarios de Suiza, Alemania y de Italia, con alistamientos voluntarios en España, y muchas veces con levás de infanteria y caballeria que se hacian en diversas provincias segun se consideraba necesario. A esta especie pertenecian la mayor parte de las tropas que guerrearón contra los moriscos de Granada, y las que entraron en Portugal para la conquista de aquel reino. Cuando no eran necesarios sus servicios volvian estas tropas á su hogar, asi como se licenciaban los mercenarios extranjeros que iban á ofrecer sus servicios á otra parte. Así despojadas estas tropas de todo carácter de nacionalidad y no considerando en las guerras mas que un ramo de industria, especulaban con su sangre y corrian á las banderas del que mejor se las pagaba; así eran tan frecuentes las sediciones por falta de sueldos segun hemos hecho ver en las guerras de los Países-Bajos. Las tropas costaban mucho, la industria se pagaba demasiado cara, lo que se echará de ver comparando las pagas de entonces con las actuales, teniendo en consideracion la diferencia del valor de la moneda. Esta observacion que hacemos con respecto á los ejércitos de España puede ser extensiva á todos los de Europa.

En confirmacion de esta verdad presentaremos el estado y presupuesto de lo que se calculaba costaria un

tercio ó regimiento de los que el rey trataba de enviar á París y envió en efecto. Se debia componer de tres mil hombres, divididos en quince compañías, con su maestre de campo, sargento mayor, catorce capitanes, quince alféreces, quince sargentos, ciento veinte cabos de escuadra, un capellan mayor, un cirujano mayor, un tambor mayor, treinta y seis tambores, y quince pífanos (dos tambores y un pífano por compañía). Entraban en este regimiento trescientos setenta y un mosqueteros, seiscientos arcabuceros y dos mil piqueros. Tenia de sueldo mensual el maestre de campo, ochenta escudos ó nueve cientos sesenta reales con corta diferencia: el sargento mayor, cuarenta (cuatrocientos ochenta reales); cada capitán, veinte y seis (trescientos doce); cada alférez, doce (ciento cuarenta y cuatro); cada sargento, cinco (sesenta); cada cabo de escuadra, cuatro (cuarenta y ocho); el capellan mayor, veinte y cinco (trescientos); el cirujano mayor, quince (ciento ochenta); el tambor, doce (ciento cuarenta y cuatro); cada arcabucero y mosquetero, cuatro (cuarenta y ocho); cada piquero, tres (treinta y seis) etc. Se vé aquí que considerando el valor de la moneda mas que triple, si el sueldo de los jefes y oficiales llevaba poca ventaja á los actuales, no sucedia lo mismo con la tropa. Los cuarenta y ocho reales que se daban á un arcabucero, y los treinta y seis al piquero, que era el sueldo infimo, equivaldrian hoy á mas de ciento cincuenta para aquel, y ciento veinte para éste, cantidad muy superior á la que reciben en el dia. Ademas de estas cantidades destinadas al sueldo, se asignaban otras muy considerables por via de gratificaciones.

Continuaba la infantería con la misma organizacion que en el referido capítulo dejamos indicado. Los que se llamaban tercios en España, en Italia y aun en Flandes, se designaban en Alemania y otras partes con el nombre de regimientos ó coronelías del nombre de coronel que daban á sus jefes. Habia mucha variacion en la fuerza de estos cuerpos, pues era de mil quinientos, de dos

mil y hasta tres mil hombres; igual diferencia se notaba en el número de compañías ó banderas, pues cada compañía tenia la suya que llevaba el alférez. Habia ademas otra especie de bandera llamada *guion* que servia para todo el tercio. Con los jefes, oficiales, sargentos y cabos de que hemos ya hablado, llevaban á veces los tercios capellan, cirujano y ministros de justicia.

Los arcabuceros hacian el servicio de vanguardia, de descubridores y de flanqueadores. Los piqueros eran el cuerpo de batalla. Combatia la infantería en orden muy compacto, las marchas eran lentas y metódicas.

En la caballería se conservaba igualmente la division de línea y de ligera. Se daba á la primera el nombre de *hombres ó gentes de armas*: á la segunda, de caballería á la *gineta*, del nombre de una lanza corta con que iban armados los soldados. Desde entonces se ha ido adoptando el uso de dar el nombre de ginetes á todos los que andan á caballo. Con el tiempo hubo arcabuceros montados, y se fué introduciendo el uso de armar á los caballeros de pistola, cuyo cañon se fué agrandando hasta convertirlas en verdaderas carabinas.

Los cuerpos de caballería no se llamaban tercios en España. Verdaderamente no tenian nombre propio, aunque comunmente se los designaba con el nombre de *Coroneltas* y con el de *Coroneles* á sus jefes. Se daba á las compañías sobretodo el nombre de cornetas por el de la bandera que llevaba cada una. Se designaba con el simple de corazas á los que llevaban esta arma defensiva. En los historiadores españoles de aquel tiempo se vé muchas veces el nombre de *herreruelos* sin duda por los capotes que usaban ciertas tropas armadas aun mas á la ligera que los de la gineta, y de origen extranjero, que hacian el oficio de flanqueadores, y marchaban de vanguardia.

En cuanto á la guardia real, no se conocian tropas con este nombre en el reinado á que aludimos. Se dió el de Guardia de Castilla á todos los cuerpos permanentes que se crearon en tiempo de los Reyes Cató-

licos, y bajo la regencia del cardenal Cisneros. Rodeaban la persona de los antiguos reyes de Castilla en sus expediciones, ballesteros y maceros de á caballo. Fernando el Católico, fué el primero que tuvo guardia de infantería, á la que dió por uniforme su librea. En los reinados sucesivos continuó este uso. Mas la fuerza de esta tropa fué siempre muy escasa. A veces se daba el nombre de *continuos*, ó *continuos* á los de esta clase que por su instituto estaban siempre sobre las armas todo el tiempo que duraba su servicio. Felipe II iba acompañado de muy pocos hombres armados y sobretodo en sus viajes al Escorial y á otros sitios de recreo.

La artillería comenzaba á adquirir gran desarrollo, y sobre todo un orden mas metódico. Iban ya desapareciendo las enormes piezas y quedaban los nombres de *bombardas* ó *lombardas*, á pesar de que todavía en aquel siglo y aun en el siguiente se conservaban en algunas plazas del reino cañones que calzaban balas de ochenta y de cien libras. Igualmente estaban ya en desuso la caprichosa variedad de las designadas con los nombres extraños de *falconetes*, *esmeriles*, *basiliscos*, *vivadoquinas*, etc. Se habian reducido por ordenanzas el número de los diversos calibres de estas piezas, y su construcción mas uniforme, era al mismo tiempo mas económica por la reforma de adornos costosos de ninguna utilidad que se habian prodigado en estas armas, donde se desplegaba el lujo de los príncipes. Se hacian en este ramo adelantamientos y progresos que figuran con distinción en la historia de la artillería; se aplicaban á la dirección de los proyectiles y á su alcance las teorías de las ciencias matemáticas. Hubo autores que dedicaron con fruto á este ramo su saber y su experiencia. De estos como de los demas que escribieron sobre el arte de la guerra, haremos mención particular cuando hablemos de la literatura de aquel siglo.

Ya hemos visto que la invención de las bombas tuvo lugar en Flandes durante el mando de Farnesio, y que fueron usadas por primera vez en el sitio de Wachten-

donck, debiéndose al terror producido por esta novedad la rendición pronta de la plaza. Sin embargo, el uso de las bombas no se hizo muy extensivo en todo lo que resta de aquel siglo. En pocos sitios célebres que ocurrieron despues, las vemos mencionadas. Las piezas llamadas *obuses* no se usaban todavía.

A pesar del gran desarrollo de la artillería en aquel tiempo, no adquirió la eficacia y carácter formidable que ha desplegado en tiempos mas modernos. Era sin duda mucho menor el número de piezas destinadas á los sitios de plaza, y muchísimo inferior el que se empleaba en los campos de batalla. Confirma esta verdad ademas de las relaciones que han quedado escritas, el gran tiempo que costaba entonces la toma de una plaza. Estarian tal vez defendidas por tropas mas bizarras, cuyo valor suple muchas veces la falta de fortificaciones y defensas, mas tambien debemos suponer que fuese el mismo el arrojado de los sitiadores. Estuvo mas de cuatro meses Alejandro Farnesio delante de los muros de Mestrich: tardó muchísimo tiempo en rendirse la plaza de Gante, como ya hemos visto; cerca de año y medio se resistió Amberes. Tambien fué difícil la toma de la Esclusa. Mas de seis meses se defendió la de Ruan, sin hablar de la de Paris, que se puede mirar como una excepcion, por el inmenso número de sus defensores. En todos estos sitios se empleó cuanta artillería tenían los generales á su disposición, y hasta la mina, invención del español Pedro Navarro, que se iba desarrollando y perfeccionando como todos los demás ramos del arte de la guerra.

Y no hay que perder de vista que la mayor parte de estas plazas conservaban las fortificaciones antiguas construidas cuando no se empleaba como el arma mas eficaz de sitio la artillería, en cuya comparación las máquinas antiguas de batir son tan poca cosa. El arte de la fortificación hacia sus progresos naturales, mas era imposible alterar tan de repente la construcción de todas las murallas, hasta el punto de poner su solidez y elevación en

consonancia con los nuevos proyectiles. Se conservaban los altos muros, los antiguos torreones, cuya misma elevación, servía de blanco fácil á los tiros de la artillería. La estrechez de los fosos hacia las plazas mas accesibles al asalto. Se adelantaba mientras tanto en el sistema de las fortificaciones. La primera que se construyó en el gusto moderno fué la ciudadela de Amberes, mandada por el duque de Alba, cuyos trabajos fueron dirigidos por el ingeniero italiano Pacioto, que pasaba por el primero de su tiempo. Pocos progresos se hicieron tanto en este ramo como en la artillería, de que no hubiese algun modelo ó tipo en el sistema de la guerra de aquel tiempo. El famoso puente construido por Farnesio para interceptar la comunicacion de Amberes por el rio, es un monumento grande con que se honraria nuestra época. Los brulotes que contra este puente lanzaron los sitiados, hacen sin duda mucho honor al genio de sus inventores.

El ramo de fortificaciones y el de la artillería, no constituian entonces dos cuerpos distintos como ahora. Dudamos si esta separacion ha sido acertada, contentándonos con indicar que para construir las fortificaciones se necesita conocer bien la eficacia del arma destinada á destruirlas, así como no puede usar de esta arma con acierto si no conoce la resistencia de que son capaces las fortificaciones contra las cuales se dispara. La ciencia del ingeniero y artillero tienen una conexión tan íntima, que no es posible dividir las.

El siglo XVI fué uno de los mas guerreros y marciales de los de la edad moderna. Tambien lo fué el siguiente, mas no tan distinguido como el anterior, por un estado de guerra continuada; pues apenas se conoce un año solo de paz general entre todos los príncipes de Europa. Son muchos los que adquirieron el nombre de ilustres capitanes; muchísimos los que en escala inferior lucieron su capacidad y valentía, observacion que se puede hacer en la segunda mitad del siglo como en la primera. Nosotros contamos en nuestros Anales militares con los nom-

bres del duque de Alba, de D. Juan de Austria, el duque de Parma, el conde de Fuentes. Como jefes, como capitanes subalternos lucen singularmente los nombres de Sancho de Avila, de Cristóbal de Mondragon, de Francisco Verdugo, de Francisco Valdés, de Alonso de Avilés, de Alonso de Vargas, de Lopez Figueroa, de Francisco Bobadilla, de Juan Manrique, de Agustín Iniguez, de Sancho de Leyba y otros de menos nombradía. Si el rey no era guerrero, á guerreros ilustres mandaba, y de su capacidad y bravura se servía.

La guerra era una profesion muy lucrativa en aquel tiempo. Las pagas eran mas altas; los emolumentos de una campaña mucho mas crecidos. Era un gran ramo de ganancias el rescate de los prisioneros que se hacian en la guerra. Las plazas que por efecto de ser tomadas por asalto no eran entradas á saqueo, pagaban fuertes contribuciones á los sitiadores. Existia entonces un derecho en los artilleros de hacerse dueños de la artillería y hasta de las campanas de toda la plaza, en cuyo sitio se habia empleado su arma. Pocos dejaban de enriquecerse con la guerra. Los generales desplegaban un lujo de magnificencia que son muy raros en el dia. El duque de Parma vivia con el fausto y esplendor verdaderamente de un monarca. Mas de doscientos gentiles-hombres ó caballeros rodeaban su persona y componian su casa militar, viviendo á expensas de este príncipe. Lo mismo sucedía en Francia, Alemania y otras partes.

En España no habia entonces lo que se llama ministro de la guerra; todos los asuntos tanto militares como civiles en que entendia directamente el rey, eran despachados por su secretario de Estado que intervenia al mismo tiempo en muchos ramos. Entonces se escribia mucho menos que ahora, y en los ejércitos poquisimo. En el ramo de sueldos y de viveres intervenian contadores, veedores y pagadores conocidos con el nombre de oficiales de sueldo. La contabilidad de este ramo era mucho menos complicada que en el dia.